

GOLGOTA, 80
PREGON DE SEMANA SANTA

POR

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

GRANADA, 1980

GOLGOTA, 80
PREGON DE SEMANA SANTA

POR

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

EDITA: DELEGACION DE CULTURA DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE GRANADA

GRANADA, 1980

GOLGOTA, 80
PREGON DE SEMANA SANTA

POR

ARCADIO ORTEGA MUÑOZ

EDITA: DELEGACION DE CULTURA DEL
EXCMO. AYUNTAMIENTO DE GRANADA

GRANADA, 1980

PRESENTACION DEL PREGONERO

UN año más, al aproximarse la celebración tradicional de la Semana Santa, este Salón Capitular del Ayuntamiento de Granada, se convierte en escenario del Pregón de estas fiestas, entrañablemente unidas a los granadinos por vínculos de solidez más que confirmada a través del tiempo. El hecho de que también este año, con nuestro Ayuntamiento, el Pregón cofradiero continúe celebrándose aquí, en esta casa, confirma, si hiciera falta, que los cambios sociales y políticos nunca atentan contra estas tradiciones, precisamente por ser propiedad popular. Y dentro de la riqueza cultural del pueblo granadino, a nadie escapa que la Semana Santa ocupa un lugar entre las raíces de la tradición y de la historia; lugar digno de todo respeto y consideración por parte de todos.

La Real Federación de Cofradías creo sinceramente que ha acertado al elegir como pregonero de la Semana Santa de 1980 a este escritor granadino, Arcadio Ortega Muñoz, autor de una serie de obras que, en verso y en prosa, acreditan una notable calidad e inspiración. Sus libros, "Existir es el Verbo", "Casta de soledad", "Angeles sin sexo", "Cuando la mar se vuelve fría", "Los bordes de la nada", "Biografía de la luz en Granada" y "Notas de un libro de ausencias", componen una interesante aportación de Arcadio Ortega Muñoz al ámbito de la lírica de nuestro tiempo, mientras que, de otra parte, su libro "Viento del Sur", que alcanzó el Premio "Ciudad de Almería" en re-

ciente certamen literario, es una valiosa muestra de la calidad del autor en el campo de la narrativa. Pero hay más, con no ser esto poco. Arcadio Ortega Muñoz ha destacado también como orador. El año pasado fue primer pregonero de la devoción a la Virgen del Rocío, de Almonte, allá en la provincia de Huelva, y hermandad que por primera vez iniciaba la andadura expansiva de sus cultos por tierras granadinas. De aquel pregón rociero a este que ahora va a protagonizar Arcadio Ortega Muñoz, una constante muy digna de destacar: su entrega a, en uno y otro caso, el sentimiento religioso de nuestro pueblo. Porque, como sucede con la romería rociera de las marismas de Huelva, la Semana Santa es un hecho religioso y sociológico innegable, en el que participa, de una forma u otra, una buena parte de nuestro pueblo, un crecido número de varios miles de personas. Estoy seguro de que Arcadio Ortega, en su intervención de hoy, a punto de comenzar, no sólo no defraudará sino que conquistará más y más entusiastas para nuestra Semana Santa granadina.

Quede, pues, con ustedes, el pregonero, y quede también en la Real Federación de Cofradías y en los cofrades granadinos, la seguridad por nuestra parte, de que el Ayuntamiento que presido no va a estar nunca de espaldas a los granadinos en sus tradiciones más enraizadas, sean éstas del tipo que sean. El Ayuntamiento es expresión sociológica de la ciudad y ésta la que, con sus votos, nos eligió sus representantes en el Municipio. Por tanto, aquí estamos hoy, con agrado y con plena identificación, comprometidos con el sentir de todos aquellos incontables granadinos que convierten la Semana Santa en uno de sus más calificados exponentes de su tradición religiosa secular.

ANTONIO JARA ANDREU

Alcalde de Granada

P R E G O N

AGRADEZCO vivamente, las palabras de nuestro Alcalde, la presidencia de nuestras autoridades y la asistencia de todos ustedes.

A veces, el llanto de un jilguero, el suave aleteo de una rama niña en la copa de un árbol, el brillo de una piedra lamida por el agua, el trotar de un caballo, una luz sideral, el rezo emotivo de un anciano, todo ello, unido, en una tarde, presagian, sin saberlo, que a poco que suene una campana, va a estallar en Pasión la primavera.

Los montes son cercas que limitan. Un cordón de choperas, es alambrada hacia la mar, donde se pierde la última esperanza o la plegaria incipiente, de un corazón con ritmo de otro tiempo. En este valle de roca y vegetal, que acicala sus ocres con verdes y con cales, está el confín finito que constriñe las almas en su jaula, dándole la medida, soberbia y vertical, de un ciprés solitario. Arriba, en la esbeltez suprema de sus picos nevados, vigías permanentes de las luces perfectas de Granada, ondea en su serenidad el orgullo ancestral de la amplitud de estirpe, de este pueblo español de Andalucía la alta.

En el soberbio marco, cuadrangular y sobrio, con su base truncada por el llano moderno; al pie de las colinas, recuerdos del Mauror, monte de las Sabicas, Albaicín cubista; bajando por el valle, acequias de la Vega, Valparaiso siempre; con su carga de siglos, abrumador linaje en su raíz, culturas milenarias —Roma en su mármol y yeso en su arabismo—, un virtuoso tinte castellano. Lo demás, el paso de los siglos

En él, el hombre en su esplendor; enhiesta la presencia y el corazón acelerado; presto el brillo de los ojos para apresar la luz; y el alma, acunando con mimo su silencio. Todo paz y ansiedad. Sólo el reposo, apenas presentido, rozando por los bordes del amor, la impalpable sensación de la verdad.

El hombre es hombre para el hombre, tiene en sazón la paz y escucha al Hombre. Al menos una vez, sin razonarlo, cuando en el cielo se apuntan esplendores, le vibra por las piedras de sus calles, se perfila en las sombras esquinadas, aparece de pronto en las callejas, le estalla de repente, la historia revivida, de aquel Hombre que allá en Jerusalén, segundo Adán, hijo del pueblo, apenas carpintero, dio testimonio de luz y de palabra, eclipsó las sonrisas al brillo de sus ojos, murió como había dicho e inauguró una era.

Todo es claustro por horas. En silencio, va perdiendo la tarde la persuasión de su figura, se matiza en el cielo el último celaje, perfilado en un palio de tules casi negro; por los montes que forman atalaya, se arraciman las sombras, violentando la espera de la noche. En ese instante en que la luz declina, el azul se recorta refulgente, en el perfil soberbio de los templos, resaltando, austeros alminares, cúpulas mayestáticas, filigranas de los últimos góticos, recreados barrocos, pretensiones renacentistas, cúbicas presencias, sótanos santificados, pórticos platerescos.

Bajo esos techos, que rematan espadañas y cruces, donde el bronce ancestral revolotea, tañe en dolor o grita en alegría, con mística humildad y sentimiento, hombres del pueblo, visten túnica uniforme y cubren con capillo el rostro natural de cada día. Y en total hermandad, el corazón latiendo sosegado, alumbrando el camino con velas y faroles, salen parsimoniosamente, con su rito de siglos, a hacer, con austeridad, su estación de penitencia, por las calles antiguas de Granada.

Cada año, también, la Federación de Cofradías, intenta que la puerta principal de la Catedral, iglesia Mayor de la ciudad, se abra para dar paso, en orden y silencio, con total religiosidad, sumisión y compostura, a las hermandades, que en sus desfiles procesionales, desean rendir estación de penitencia, en el mismo centro del corazón católico. También cada año, el Cabildo Catedralicio comunica que, temiendo robos y profana-

ciones, no considera oportuno responder al toque de aldaba.

Semana Mayor la nombran. En el aire pervive, desde el amanecer solemne del domingo, en que ramas de palmera levantan en el recuerdo un pueblo mediterráneo y reseco, con hombres de tez cetrina y agua perdida en los pozos —quiere decir Judea—, hasta el domingo en que brota, inexplicablemente, un borbotón de gloria, unos días totales, en que las alas del corazón, sin aleteo, marchan a compás de redoble, vibrando esperanzas en los bordes de las esquinas, sumidas en la contenida quietud, esperando su sinvivir, en ese paso alternativo, etéreo, del hombre que camina otra vez a su Gólgota.

Hay un recogimiento interior que se trasciende, que mantiene en expectación los instantes supremos de la Pasión de Cristo, que se prolonga hacia adentro, como si el brillo de los ojos fuera reflexivo. Todo adquiere vital su transparencia. Un hombre, he ahí, casi desnudo, murió con precisión ya presentida, por decir, apenas solamente: *"Yo soy el camino"*.

Desde entonces, los hombres de la tierra, los que tuvieron su salpicadura, viven la triste procesión de en unos días, cuando lo marca la liturgia, revivir en imágenes corpóreas, todos los pasos que presenció aquel pueblo inculto, colonizado y pobre. que gritaba de gloria, se aturdió de palabras, se achicaba a su ejemplo, reclamaba su muerte y tres días después se le asombraba el alma al contemplar la tumba.

Ya la historia es un verso conocido, que adquiere dimensión, cuando las luces se conjugan en paz; que crece y se desborda, multiplicando en infinito, el azul que espejea la vocación cofrade, que nace del gremio o la parroquia, de la plaza donde se toma el sol, del íntimo sentir de una fe humanizada. Y este calor fraterno en cristiandad, se centra apasionado en unas imágenes que una tarde, unas horas, son centro de atención, fragmento del devenir del mundo, en el flash, de un instante concreto de Jesús.

Esas figuras de mármol o madera, que esculpieron tallistas fervorosos, artistas que a gubia y a cincel, arrancaron esquirlas a la piedra, astillaron maderas, lijaron con sus dedos las formas armónicas, perfectas, buscando en precisión, el gesto acomodado a cada instante; revistiendo de esbeltez su estampa

trágica; eclipsándose, en una luz sin mácula, que les alza la profunda y constante serenidad de la mirada.

La imaginería española, llega a cotas altísimas, dentro de su consciente humanidad. Pero hay, como un hálito supremo que se filtra, que recubre las formas y las manos, que se queda vibrando en esos labios, que parece van a dar sentencia; que fluye por los cuencos de los ojos, que resbala la abrupta cabellera. Todo eso ya no lo puso el hombre, fue el Arte, que exprimió los flujos de su alma, pleamar de su esencia, quemándose en un Hombre, dulcemente maltrecho, de faz desfigurada, que pasó en penitencia, por el camino oscuro que conduce a la muerte.

La tarde empieza a declinar. Por las esquinas, donde en faroles viejos, se aperciben los barrios, hay un murmullo sutil y comprendido, que repite insistente cada año la espera. Los vecinos se unen en el frío, el cansancio y la noche; la esperanza de ver pasar los tronos que son ya tradición. Por las placetas se agiganta la luna, sumiendo en derredor, una especie de cinturón conventual.

El cielo se extasia ante tanta belleza. Desde la plenitud de su infinito se multiplica el arco invertido que abarca el callejón. En la esquina crucial, esperan los de siempre. Hay como una necesidad de quiebro, como el ahogo de la seguidilla, como el último muletazo astillado en las tablas.

Así, suicidando el silencio a cada instante, buscando en la distancia el monocorde sonido del tambor, la algarada timbral de las trompetas, o apenas, el grito estridente del metal campañero que indica el devenir de la andadura. Todo invita a acelerar el llanto interior de una pasión sabida. Porque ahí, en ese instante, cuando aún apenas se vislumbra un resplandor de velas, se agolpan en la memoria, otras noches de antaño, otras esquinas, una túnica cingulada, que ahora se percibe rozándonos la piel, casi como un sudario frío, de lino bien tactado. El granadino, al menos una vez, vistió traje de penitencia en alguna hermandad.

Ese momento, que un escorzo de sombra se percibe, agigantando la línea de un capillo, desmerusando la forma de un farol; oyendo el raspar de la pisada, lijadora y sin fuerza, solo repetitiva; produce al iniciado un resquemor que bulle por la espalda, provocando en la piel el frío de un repeluzno. Entonces,

ya es momento para que se plante en la esquina el penitente que porta Cruz de Guía.

Granada reino nazari. Granada, cristianizada, de un solo tajo. Granada con su raíz iliberitana y sus mártires, con Cecilio por bandera. En la Edad Media, que cierra el triunfo de la cruz, dos devociones marianas, acentradísima: La Inmaculada y la Virgen en el trance del Planto o la Quinta Angustia.

Las costumbres renacentistas, que imperan en los momentos de iniciación cristiana, imprimen, frente a la austeridad monacal del medievo modas profanas, que en esta tierra nuestra, no encuentra cauce. Porque aquí, se rinde culto a los temas dolorosos de la fé. Y contribuye a ello, en gran medida, el estilo personal de la reina Isabel, que entre otros aconteceres, queda plasmado en sus donaciones, principalmente a la Capilla Real, y en dos cuadros, que testamentariamente, dejó a la ciudad, con tema de la Virgen de las Angustias. Uno en la iglesia de San Juan de los Reyes y el otro, en una pobre ermita, cercana al puente del Genil, en terreno de huertas, dedicada a las santas Ursula y Susana.

Este último, única obra conocida del castellano Francisco Chacón, "pintor mayor" de la reina, es una bella tabla que centra a María, inclinada sobre el cadáver de su hijo, con las figuras de la Magdalena y San Juan a cada uno de sus lados. Ante este lienzo, acudían asiduamente a orar devotos pertenecientes a las familias hortelanas.

En 1545, veinte de estos devotos, ascendientes lejanos de los que forman hoy el cuerpo de palieros, fundaron una cofradía de penitencia, bajo la advocación de la Virgen de las Angustias, haciendo estación penitencial el jueves Santo por la tarde. Para ello, necesitaron una imagen, que esculpieron en Toledo, sin que haya testimonio de su autor. Más tarde, a dicha Dolorosa, que es la actual que se venera, le pusieron delante un Cristo yacente y le fueron colgando distinciones, hasta quedar barroca-mente decorada.

No tenemos información de la existencia de otras cofradías, fundadas con anterioridad a esta de la Virgen de las Angustias, que andando el tiempo, fue nombrada patrona de Granada y coronada canónicamente en 1913. Pero sí nos consta, que en la década de 1565 a 1575 existían en nuestra ciudad has-

ta diez de las llamadas hermandades de Penitencia y Sangre.

Henriquer de Jorquera, hombre, al que los granadinos debemos la información de los aconteceres de nuestra ciudad durante cuarenta años del siglo XVII, nos deja, en sus "Anales de Granada", testimonio fidedigno, de los desfiles procesionales, de aquella época. En 1611 nos narra que el arzobispo González de Mendoza, dió licencia a los hermanos y cofrades de la Antigua Cofradía de Penitencia, de la Humildad de Nuestro Señor Jesucristo, fundada en el convento de Nuestra Señora de la Victoria, de la Orden de los Mínimos de San Francisco de Paula, para que saliese, con su procesión de sangre, el miércoles Santo por la tarde, como antaño lo hacía, ya que en 1604 había sido suspendida, por orden del Arzobispo Castro y Quiñones. La licencia de nueva salida, llevaba condicionada, la entrega de cien ducados, para el dorado de la Capilla Mayor de la Santa Iglesia Catedral. En la misma primavera, realizaron su estación, otras tres cofradías de sangre y penitencia.

Al año siguiente, con permiso del mismo Arzobispo, desfiló la cofradía de Jesús Nazareno y Santa Elena, del Real Convento de los Santos Mártires, San Cosme y San Damián, el viernes Santo a las cuatro de la mañana, también entregando los cien ducados. Así mismo, la Cofradía de la Sagrada Oración del Huerto, radicada en el Convento de San Antón, de la Orden y Regla de San Francisco, salió el miércoles Santo, a las cuatro de la tarde, como lo hiciera antiguamente, después de haber pasado la Cofradía de la Humildad de Jesucristo, que por ser más antigua, le correspondía la primera hora.

En 1613, el jueves Santo, con licencia y con los exigidos cien ducados, salieron, la Antigua Cofradía de la Sangre de Jesucristo, la de la Santísima Cruz y la de las Angustias de la Madre de Dios. Esta última, la actual patrona de Granada, se reincorporaba después de diecinueve años, con túnicas negras, rostros descubiertos y cuellos enmoldados.

Dos años después, se fundó, en la iglesia del Señor Santiago, en fechas de cuaresma, la Cofradía y Hermandad de Penitencia del Entierro de Cristo y Nuestra Señora de las tres Necesidades, iniciándose el viernes Santo a las dos de la tarde, sin que se permitiese durante su recorrido ninguna clase de azote; limitándose a llevar talante de entierro, acompañado de frailes

de todas las órdenes y clerecías; y destaca el cronista que asistió toda la Caballería de Granada. El Santo Sepulcro, quedó depositado en el Monasterio de Monjas de Santa Paula, para volver resucitado, el día de Pascua por la mañana, en regocijada solemnidad. Los fundadores: Un escribano del Rey, como Hermano Mayor y como Mayordomo, un familiar del Santo Oficio y ejecutor de su Real Fisco; los demás, nobles y ciudadanos, con licencia del Arzobispo. La iglesia de Santiago, como se sabe, estaba en el actual edificio del Servicio doméstico y la casa de la Inquisición y unida a ésta, la de los inquisidores, en el lugar que hoy ocupa la iglesia de los Jesuitas.

En 1624, con ocasión de la venida del rey Felipe IV, el miércoles Santo, 8 de Abril, se rompe la austeridad. Oigamos a nuestro cronista: "Fué este día grandiosísimo para Granada, porque se vieron a un tiempo por las calles de Granada, Procesiones de Sangre y Penitencia y comparsas de soldados, cajas y clarines y por otras las calles colgadas de ricas sedas, como si fuera el día del Corpus".

Nueve año más tarde, salen tres, a las que se les prohibió que lo hiciesen los dos años anteriores y en 1639 desfila con gran vistosidad, la Oración del Huerto e intenta competir con ella, la Soledad, realizando grandes gastos y provocando su prohibición por el Arzobispo, bajo pena de excomunión mayor. Al año siguiente, la Oración del Huerto, hizo su estación penitencial, con novecientas hachas encendidas y grandes banderolas.

Competencia, rivalidad, prohibiciones, austeridad, sangre, penitencia, ostentación, tributos, todo, en los años de la edad moderna que nos hemos puesto a comentar. Todas estas vicisitudes, nos dan idea del interés que despertaban entre el pueblo, la nobleza y la iglesia.

A esas Hermandades se debe la raíz cofradiera de Granada y el dorado de la Capilla Mayor del templo metropolitano, que era el centro donde giraba la Pasión, porque todas las procesiones hacían y tenían que hacer, estación de penitencia en la Santa Iglesia Catedral.

De estos siglos XVI, XVII y XVIII, nos quedan además las obras inmortales de Diego de Siloé, Pablo de Rojas, Alonso Cano, Martínez Montañés, Pedro de Mena, José de Mora, José Risueño y Ruiz del Peral.

En los comienzos de la edad contemporánea, época de filosofía progresista, de alteración en los esquemas tradicionales, de revueltas e invasiones, la marcha monótona y sosegada del devenir cofradiero, sufre también su alteración y hay intervalos de años, incluso décadas, en que no se realizan manifestaciones públicas. Apenas superado el cataclismo bonapartista, inician una nueva etapa; pero la desamortización de Mendizábal asesta un nuevo golpe en la ilusión de los cofrades y de la Iglesia, provocando otro paréntesis.

A finales del siglo XIX, quedan solamente el Santo Entierro y la Soledad de Santa Paula. Es, a principios de este siglo, cuando se convoca una procesión antológica, a la que acuden, acompañados de penitentes, vistiendo su indumentaria tradicional y portando los efectos procesionales de cada hermandad, los pasos, ya legendarios, y por este orden: Oración del Huerto, Prendimiento, Señor de la Columna, Coronación de Espinas. Cristo con cruz a cuestas, de San Antón y de las Descalzas, Tres Caídas, Crucificado de Mora, Virgen de Mora a los pies de la Cruz, Señor de la Sábana, San Juan Evangelista y la Soledad. Esta exposición, casi museística, en que el último paso era la Santa Urna, escoltada por soldados romanos; los Caballeros del Santo Sepulcro, constituidos para dicha ocasión; las autoridades eclesiásticas, civiles y militares; congregaba, en su estación del viernes Santo, a toda la población en las calles, para presenciar su paso, que iniciaba el recorrido en Santa Ana, a las seis de la tarde.

Esta procesión total, hizo que fuese naciendo a la sombra de su esplendor y del Arzobispo Casanova y Marzal, las nuevas hermandades, rebrotes de aquellas antiguas, de los primeros siglos cristianos de Granada, que tenían profunda la raíz y en consecuencia, savia para retoñar. Así, en 1917, se constituye la Cofradía del Santo Vía Crucis, que hace su primera salida desde la iglesia del Salvador, con los hermanos vestidos de paisano, inaugurando una nueva época. En 1926, al término de las festividades de Semana Santa, el Cardenal, haciéndose eco de un deseo unánime, propone que se cree una agrupación de cofradías, lo cual hicieron ocho ilustres entusiastas granadinos, a los que, desde aquí, rindo mi más efusiva consideración.

En los años de 1932, 33 y 34, surge otro mutismo. Pero en

1935 la Federación de Cofradías organiza procesiones penitenciales y por primera vez, la carrera oficial. El Santo Vía Crucis, desde entonces, sale de la Catedral. Y por disposición del Arzobispo Parrado, Nuestra Señora del Rosario se organiza en la Capilla Real y es acompañada por el Cabildo Catedralicio y cofrades de todas las hermandades.

Nuestra equivocación bélica del 36 al 39 produce otro paréntesis. En 1940 resurgen los desfiles, sumándose nuevas cofradías en estas décadas pasadas, y este año de 1980, dentro de unos días, harán por primera vez su estación penitencial dos nuevas hermandades: Nuestro Padre Jesús de la Meditación y Nuestra Señora de los Remedios, formada por estudiantes, radicada en la capilla universitaria de los santos Justo y Pastor, aunque de momento saldrá de la Universidad; y Nuestro Padre Jesús de la Pasión y María Santísima de la Estrella, hermandad creada en el Albaicín, que tras muchas dificultades, bajará al llano el jueves Santo. Los barrios, los gremios y las asociaciones, son la mejor tierra para que fecunde la semilla cofradiera, tan enraizada en el alma andaluza.

Es, pues, enormemente alentador, ver el momento actual de la Semana Santa granadina. Pese a las predicciones de los agoreros, los desfiles procesionales adquieren cada día más esplendor. Aumenta el número de hermandades; nacen los primeros cuerpos de costaleros, existiendo en la actualidad cinco y desplazando en su totalidad a las cuadrillas mercenarias; empieza a vislumbrarse que los puestos directivos en las Cofradías no son vitalicios: la juventud acepta y cumple responsablemente; y el pueblo de Granada, cada año, con el fervor y el recogimiento de siempre, sale a las calles a presenciar las procesiones que hacen su recorrido, propiciando y consiguiendo que, durante unas horas, toda la ciudad se haga templo.

Pasado, presente y futuro de la Semana Santa granadina. Hay algo muy importante a analizar: La razón del cofrade, el por qué de su existencia hoy. En las hermandades de esta tierra nuestra, hay muy poco beaterío. Tampoco —y hay que decirlo— es un profundo sentido católico, en su mayoría, el que mueve a los cofrades en sus manifestaciones externas. Desde mi punto de vista, hay, sólo, y ya es bastante, un sentimiento visceral de religiosidad, un respeto reverencial a las tradiciones y una atrac-

ción especial, inexplicable, hacia imágenes concretas. Religiosidad primitiva, folklore —en su acepción más digna— y amor.

Yo rogaría a la iglesia como institución y a las autoridades, que meditaran sobre lo que significa para este pueblo la Semana Santa, y estoy seguro que la auspiciarían por todos los medios. Porque esos hombres que pasan silenciosos, con el rostro cubierto y la túnica hasta los pies, vibran con la emotividad más pura, ante reproducciones de momentos trascendentales; que late su corazón al unísono, cuando se prestan a dar realce a unos días, de siempre solemnísimos, que son exponente de la más arraigada fe andaluza. La Iglesia tiene, si quiere aprovecharlo, un sector más, donde ejercer su apostolado. Sirva de ejemplo la posada que se brinda a todas las Cofradías por el Cardenal Arzobispo de Sevilla, al abrir las puertas de su gótica catedral; y punto de meditación el hecho de que aquí, en Granada, este año dos hermandades tengan que salir de la Audiencia, una de la Universidad y otra de una cochera. Y que las autoridades locales, preocupadas con mantener todas las tradiciones y en particular las más representativas de Granada sepan que cuentan con toda una organización, debidamente sazonada, que, con poca ayuda, puede experimentar un gran crecimiento. El ejemplo está en Málaga, donde el Ministerio de Obras Públicas lleva librados treinta y cuatro millones de pesetas para acondicionar la Iglesia de San Julián, donde la Agrupación de Cofradías tendrá una sede a la altura de sus necesidades, como ocurre en Sevilla. El Ministerio de Cultura podría también, si quiere, ceder a Granada un edificio —valga la solicitud, el convento de Santa Paula—, para en él instalar el Museo de Cofradías de Granada, las dependencias de la Federación, la ubicación de los menesteres de las hermandades, sin apoyo de sus parroquias, y el lugar de comunicación y comunión del ambiente cofradiero de la ciudad.

Dentro de unos días la altísima categoría artística de nuestros pasos, saldrá a la luz, con la majesad y el empaque del momento más solemne del año. Veintidós cofradías recorrerán las calles del claustro conventual de la ciudad, entre la espectación del granadino, la curiosidad del visitante, la admiración del degustador de la belleza plástica en movimiento, la devoción del cofrade y la profunda seriedad del saetero.

*Alza el trono capataz
que una saeta en el viento
se mece por soleás.*

Domingo de Ramos. Arco de Elvira. Por la puerta que cruzaron tantos reyes granadinos, Jesús en su entrada triunfal en Jerusalén y tras él, el primer paso de Virgen.

*Por la calle de Elvira
viene la Paz
con paso de paloma,
con majestad.*

*Dice su cara
que a Jesús se lo matan
esta Semana.*

Atardecer en el Darro. En el cielo que espejean los cubos centenarios de los torreones árabes, se perfila, se recorta y se incrusta el paso de palio de la madre de Jesús de la Sentencia.

*Maravillas tié que ser
la que en San Pedro se peina,
pa que la nombren los cantes
la reina de toas las reinas.*

Son las nueve y media de la tarde. Está abierto el cancel. En la espadaña más vistosa de Granada hay un tañido de gloria en sus campanas. Santo Domingo, espera en bronce, quedarse otra vez solo. Suena un golpe de plata. Ya está en la calle.

*De la Victoria.
Como olitas de la mar,
al son de campanilleros,
te mecen tus costaleros.
Costaleros de Graná.*

Comendadoras de Santiago. Cuesta del Realejo. Bajo los Olivos del Huerto, Jesús ha pasado orando. Detrás, con su manto de añiles, y ensimismada, cruza su barrio la Amargura.

*La tarde de plata y sol.
Por los espejos del cielo
se va quebrando tu nombre.
Amargura en plenitud,
sudor del hijo del Hombre.*

Austera sencillez, soberbia majestad, sobria presencia, sencillo en su fervor, por su barrio primero y castellano, nobleza conquistadora, el Cristo del Rescate hace su estación parsimoniosamente.

*Padre Jesús del Rescate
—humilde sol de Granada—
que el Prendimiento de Dios
es perdón en tu mirada.*

Las Bernardas, monjas enclaustradas, abren con gran rito su portón, para que el dolor de María llegue a la ciudad. Y ella, en obra de López Azaustre, regresa por la carrera del Darro, en los más señeros momentos del lunes Santo.

*Dolores de San Andrés.
Dolores que va bajando
vestida de rosa y blanco
como una flor de Belén.*

Barrio del Realejo, Mauror, zona judía cristianizada en sociedad. Espiritu ensamblado en popular tradición cofradiera. Tarde del martes. Tres de la Tarde, del momento más solemne de toda la cristiandad granadina: Viernes Santo, silencio y soledad. Ejemplo para la catolicidad semanasantera de Andalucía y Castilla. Campo del Príncipe, tres gracias y Cristo en mármol con el mirar perdido.

*Soledad . . . ¡qué nombre tienes!
Siempre a los pies de la cruz.
Con siete palabras sólo
se te despidió Jesús.*

Recortándose en la media tarde el alminar mudéjar de la iglesia de San Gil, bajo la esbeltez soberbia de la torre árabe de la Vela, sale de blanco y verde, andaluza ella, Nuestra Señora de la Esperanza. La Virgen que pasa el año —granadina macarena— pegadita al río Darro: Al fondo de plaza Nueva. Estos años... Sale de Cancillería, aunque viva en Santa Ana. Alguna vez será el día —cuando a Dios le dé la gana— que se arregle la cruzía.

*Que es que no se pué aguantar
mi Virgen la Esperanza
por las calles de Graná
con garbo de presumía
y llanto de soleá.*

Puerta de la Iglesia Mayor: Las nueve. Cristo lleva la Cruz sobre su hombro. La Catedral se hace infinito firmamento. Detrás, Vía Crucis en llanto, las lágrimas de María, anegada en amor.

*Cristalillos por tu cara.
Escarcha de primavera
de la Semana Mayor.
Rocio de devoción
de la Pasión más señera.*

La Universidad abre su pórtico, para dar paso al Cristo de la Meditación, que en su claustro, espera el momento solemnisimo, de iniciar el primer desfile de la hermandad de los Estudiantes. Detrás, en su hermosura, la Virgen de los Remedios, prestada desde Moclin, rodeada de fervientes fundadores.

*Remedios, que remediastes
tus problemas de salir.
Remedios de toos los males
que no los remedia nadie.
¡Que hay que recurrir a tí!*

Antiguo barrio de San Matías: señorial y señero. Sabor, a otros siglos imperiales. Por su calle principal, tras Jesús en su paciencia, pasa mayestática, la Virgen de las Penas.

*Santísima de las Penas
de la Imperial San Matias.
Gesto sereno de madre,
contenido en la agonía
de ver al Hijo esperando;
sufriendo que llegue el día.*

De Santo Domingo, con señorío y escolta marinera, sale en dolor, la Virgen del Rosario, la que recorrerá en alegre vistosidad otoñal, el barrio más cofradiero de Granada.

*Señora azul del Rosario
—Rosariyo marinera—
que hoy te sacan en dolor,
con el corazón partío
como una madre cualquiera.*

Cuatro clavos en la Cruz, Risueño era su apellido, sobriamente y bien llevado, pasa, tiene que pasar, desde el llano a la Abadía, el Cristo de los gitanos.

*Camino de su casa
va por el monte.
Los gitanos preguntan
cual es su nombre.
Pasa deprisa
y es muy poco el Consuelo
pa el que precisa.*

Albaicin. Jueves Santo. La iglesia de San Miguel no tiene culto, pero en su puerta, un enjambre de luces se perfila en plata. Va a salir el Perdón; detrás, María Santísima de la Aurora.

*Vestida de luna y cales,
Alba de la media noche,
Aurora del Albaicin,
que tienes blanco hasta el nombre.*

Padre Jesús del Amor, Manuel, cariñosamente. Túnica de lino blanco. Rompiendo el farol, con su toldilla de gala, la Con-

cha, cariñosamente, por la carrera del Darro, acompañada de cantaores, saeteros y rocieros de Granada, vuelve a su iglesia, con devoción y entusiasmo.

*Tu casa en el Albaicín.
En la otra orilla del río,
la Alhambra está de vigía
guardándote el camarín
Por si te quedas dormía.
—Si se encierra más tarde
¿que pasará?
—El reló se ha parao.
—Vaya trastá.*

Primera imagen de Granada. El Cristo de Mora, Salvación, Expiración, Misericordia —claveles y taracea— viene por el río al llano y sube hasta San José, en amor y seriedad. Un borbotón de luz le da en la cara.

*Silencio, Granada, Escucha:
Ese parpadeo de velas
es que Dios va por la calle,
muerto ya, sin darse cuenta.*

Por la cuesta de San Cecilio, viene bajando el Cristo de los Favores. El otro Cristo, el de los Favores, se queda en piedra esperando el paso. Detrás, entre bordados, con palio de malla de oro, María de la Misericordia, venerada, enaltecida, piropeada y bendita por su barrio del Realejo.

*Misericordia es tu nombre.
Greñúa para tu gente.
Que llevas sobre la frente
la agonía y la simiente
del Gólgota de los hombres.*

Jesús de la Pasión y María Santísima de la Estrella. Nueva hermandad del barrio del Albaicín. Devoción cofradiera muy abnegada y arraigada, con un itinerario largo y duro, lleno de la más espectacular belleza.

*Si bajas del Albaicín,
Estrella de madrugada,
te voy a cantar por deblas,
martinetes y tonás.*

Austera solemnidad, Silencio y riqueza. Del Monasterio de San Jerónimo hoy, antes de Santa Paula, sale dolorosa y con el cielo por palio, Nuestra Señora de la Soledad.

*Solamente Soledad.
Más sola, no hay otra.
Que tienes solo hasta el nombre.
Y vas Soledad, muy sola.*

Santo Sepulcro. Cristo yacente en urna de concha y lujo. Cofradía oficial, que recorre, acompañada de dignidades, el centro principal de la ciudad. Detrás, perfecta en su serenidad, Soledad en el Calvario, bellísima imagen, cumbre de la escultura religiosa.

*Tu hijo va en el sepulcro;
detrás, Soledad, vas sola.
Por más que quiero, no puedo
alzar mi dolor a copla.*

Puertas del Vino, la Justicia y las Granadas. Bosque. Belleza de piedra y plata. Dolor, ya sin remisión. La cuesta de los Gómez es un calvario. Y todo con majestad, con mansedumbre, con paz. Le diría por peteneras:

*Santa María de la Alhambra
—de las Angustias también—
que llevas a Cristo muerto.
Muerto sin saber por qué.*

*A punto ya del sueño hecho columnas,
rota la noche ensimismada en llanto,
luciendo por el viento primavera,
todo presto a vibrar, reverdecida
la ausencia del ciprés, las espesuras*

*del bosque y la memoria, el sinvivir
hurdiendo desazones.*

*Estallará el milagro en un instante,
abrirá sus perfiles inmortales,
se prenderá intangible por el cielo
desbordando la cúpula del canto;
alzará un tañido de claveles,
desplegando el incierto presentido
apenas en su ser.*

*Así tendrá el misterio cicatrices,
revivirá futuros destronchados,
ansiará redimir con su silencio
la pasión ancestral. En los ciriales,
se alzará la vehemencia desflecada
de unos días de impronta israelí,
en que el convento azul de la agonía,
será templo sin par para que el Hijo
viva otra vez, a ojos de los hombres,
los perfiles supremos del martirio
sobre el hombro viril del costalero.*

*Ya se avecina flor. Las Dolorosas
visten solemnidades; está empezando
a inquietarse la voz de la saeta;
azulean los lirios del Calvario.*

*Todo dice . . .
que antes que se voltee
en bronce la campana,
estallará en la luz
la esperanza total.*